

Encontrar belleza y sabiduría en la naturaleza

En Tus Manos | Arzobispo Robert G. Casey

Los árboles tienen algo especial. Mi amor por ellos viene de los días de verano de mi infancia, cuando jugaba en el bosque de pinos blancos de la granja de mi abuelo, de los momentos sagrados vividos en los bosques del centro de retiros de Pacem in Terris, y de los días que pasé en el *Superior Hiking Trail* [ruta para el senderismo del lago Superior] en el norte de Minnesota. Los árboles se encuentran entre los maestros de mi vida. Al caminar por el bosque, ya sea entre el susurro de los álamos o el crujir de los robles, seguro que se aprenden valiosas lecciones de vida.

Los árboles necesitan tanto raíces como ramas. Las raíces profundas mantendrán el árbol seguro, ayudándolo a no preocuparse de las tormentas o los vientos que puedan llegar. Las ramas permiten que un árbol crezca, ayudándolo a extenderse en nuevas direcciones, a buscar la luz y a proporcionar sombra y refugio a otros.

Al igual que los árboles, nosotros también necesitamos tener raíces. Cuando nos asentemos sobre una base sólida, no tendremos miedo de ningún desafío que la vida nos pueda deparar. Con raíces plantadas en verdades eternas, una historia profunda y sabiduría ancestral, podemos acceder continuamente a las valiosas lecciones que Dios ha enseñado a las generaciones pasadas durante milenios.

A pesar de su importancia, no podemos simplemente confiar en nuestras raíces. La estabilidad que nos brindan nos anima a crecer. Debemos dirigir nuestra mirada hacia territorios desconocidos,

extendiéndonos hacia adelante como las ramas de un árbol y ampliando nuestra comprensión de quiénes somos y cómo nos relacionamos con el mundo que nos rodea.

El poema del poeta estadounidense Howard Nemerov, titulado “Árboles,” ofrece una imagen de árboles que podría ayudarnos en nuestra propia autorreflexión, permitiéndonos descubrir la sabiduría que los árboles pueden enseñarnos sobre la verdad, la bondad y la belleza.

*Ser un gigante y guardar silencio al respecto,
permanecer en tu lugar;
defender la presencia constante de un proceso
y parecer siempre igual;
estar firme como una roca y temblar siempre,
con la dura apariencia de la muerte
y la suave, fluida naturaleza del crecimiento,
estar engañosamente blindado,
volverse engañosamente vulnerable...*

El poema de Nemerov dice mucho sobre la humanidad, no solo sobre los árboles. Al compartir el mismo Creador, nuestra familia humana podría buscar sabiduría en la belleza de la naturaleza. Armados con la verdad y firmemente arraigados, somos fuertes. Sin embargo, la caridad y el amor que estamos llamados a practicar nos hacen vulnerables. Nos entregamos en cada estación del año, ya sea al caer las hojas—momentos en los que nos sentimos humildes ante los demás—o al compartir la fruta—momentos en los que podemos ser una bendición para los demás.

El Árbol de la Vida, que se encuentra en el Libro del Génesis y en el monte Calvario, sirve como un poderoso símbolo para nosotros en nuestro camino de fe. Desde los primeros días de la creación hasta los días finales de la resurrección, Dios nos acompaña a través de las muchas etapas de la vida—en

nuestro vivir, nuestro crecer y nuestro morir—fortaleciéndonos y sosteniéndonos continuamente.

Cristo, quien habló al amanecer de la creación y nos habla desde la Cruz, nos promete una vida nueva.

El Espíritu, que sopla entre nuestras ramas, nos recuerda que somos a la vez “firmes como una roca y temblando siempre”.

Ya sea que se experimente en un bendito encuentro con la belleza de la creación de Dios o en un momento sagrado de meditación ante un crucifijo, el Árbol de la Vida nos informa de la voluntad de Dios para nosotros, para que permanezcamos arraigados en la fe mientras respondemos a nuestro llamado.